

Los hombres que se necesitan

Toda obra requiere de los hombres adecuados para acometerla y llevarla a efecto. Pero el destino no siempre favorece a las naciones proporcionándoselos

La verdadera historia de la filosofía política se inicia, para la mayor parte de los autores, con Platón y Aristóteles, es decir, a comienzos del siglo IV a.C., cuando Atenas había dejado de ser ese gran centro de poder en que llegó a erigirse durante el siglo anterior, en el denominado siglo de Pericles, tras ser derrotada por Esparta en la guerra (o guerras) del Peloponeso. Para Hegel no es extraño que así sucediera, ya que la filosofía, a la hora de decir «una palabra acerca de la teoría de cómo debe ser el mundo», llega siempre «demasiado tarde». La lechuza de Minerva, paradigma y encarnación de la sabiduría, sólo inicia su vuelo, en el mejor de los casos, cuando está a punto de anochecer, si no es ya cuando ha oscurecido del todo. Tal es, en efecto, una constante de la Historia. Las reflexiones más profundas en el terreno de la filosofía y de la política (y en el de la sociología y, sobre todo, de la economía), se dan siempre, como suele decirse, a toro pasado, llenándonos de impotencia e inundándonos de melancolía, porque no hay peor nostalgia que la de añorar lo que pudo haber sido y no fue.

Vivimos hoy tiempos de crisis. Por doquier se nos habla de ella. Y sean cuales sean las nuevas formas de vida que se precisen, es seguro que habrán de responder a unas igualmente nuevas ideas, porque son las que exige un mundo nuevo y diferente, que, como dijo Tocqueville, «un mundo nuevo requiere una ciencia política nueva».

Mas la historia es, fundamentalmente, una sucesión de hechos humanos, de actos realizados por hombres de carne y hueso. Toda obra requiere de los hombres adecuados para acometerla y llevarla a efecto. Pero el destino no siempre favorece a las naciones proporcionándoselos. Decía Ortega que la poca edificante historia de la primera mitad de nuestro siglo XIX estuvo caracterizada por la carencia de significados intelectuales pero que, en compensación, contó con grandes hombres de acción. «Si se quemaran los discursos y los libros compuestos en ese medio siglo —dijo— y fueran sustituidos por las biografías de sus autores, saldríamos ganando ciento por uno. Riego y Narváez, por ejemplo, son, como pensadores, ¡la verdad!, un par de desventuras; pero son como seres vivos dos altas llamaradas de esfuerzo».

Desde el desastre de 1898 al de 1936 nuestra

la tribuna

GRACIÁN

Aula Política del
Instituto de Estudios de
la Democracia de la
Universidad CEU San
Pablo



Es frecuente establecer equiparaciones entre la situación política actual y la vivida en los años setenta

tierra produjo sin embargo grandes genios e intelectuales, pero escasos y malos hombres de acción. Al contrario que en la época anterior, se podrían quemar todas sus biografías, pero a condición de salvar sus escritos. De 1936 a 1975 no hubo en España ni grandes intelectuales ni grandes hombres de acción, salvo quizá, entre estos últimos, Francisco Franco. Y desde 1975 hasta el presente también hemos carecido tanto de unos como de otros. Es frecuente establecer equiparaciones entre la situación política actual y la vivida por los que ya peinamos canas a mediados de la década de los setenta, pero en aquél momento los problemas eran de otra índole. De lo que se trataba entonces era de sustituir el sistema de gobierno de los últimos cuarenta años por una

forma de organización política conforme a patrones muy experimentados en nuestro entorno geopolítico que nos sirvieron de referencia para articular la convivencia de un pueblo perteneciente a una sola nación y solidariamente asentado en un único territorio. No existían ya realmente las dos Españas de que nos habló Machado (la memoria histórica aún no las había resucitado), y mucho menos las diecisiete actuales. Puestos a buscar precedentes, quizá debamos retroceder doscientos años. Entonces lo que se desmembraba era un imperio, en el contexto de una descomposición de las instituciones de lo que se conoce como el Antiguo Régimen. Hoy lo que se diluye es la nación que, como resultado del enorme esfuerzo de todo un pueblo, comenzó entonces a forjarse.

Las soluciones a las crisis, decía Prieto, pueden ser paulatinas y apenas perceptibles, si los materiales con que deba construirse la nueva sociedad se han ido introduciendo a lo largo del tiempo, en un proceso de maduración que les haya permitido ir ganando paulatinamente vigencia social. Pero «otras veces las crisis se manifiestan como una súbita explosión de energías social reprimidas: son las revoluciones».

Los dos últimos siglos han sido más propensos a esta segunda forma de solución que todos sus precedentes juntos. Concretamente en el nuestro XIX, pareció instalarse una especie de revolución permanente, con réplicas más o menos virulentas de la misma originaria convulsión institucional, tal vez por la abundancia de hombres de acción de que nos habló Ortega, pero también por la escasez de materias grises de que igualmente se quejó. Es un modelo a tomar en consideración para evitar, al precio que sea, incurrir en sus mismos errores.

Afortunadamente, en los tiempos que corren los hombres de acción escasean. Pero, desgraciadamente, tanto como las buenas cabezas, y de éstas sí que se precisaría para sacarnos del atolladero.

¿Podemos fiarnos de Hegel y confiar en que la lechuza de Minerva esté a punto de emprender el vuelo? Anochecer sí que está anocheciendo. Para algunos es ya incluso noche cerrada. Pero da la impresión de que con estos mimbres...

A PESAR DEL...

Drogas y progreso



Carlos
RODRÍGUEZ
BRAUN

Durante años defendí la legalización de las drogas, como muchos liberales, que desde Stuart Mill argumentaron que el Estado no tiene derecho a inmiscuirse en lo que bebemos o esnifamos, y cuando lo hace no resuelve el problema de las adicciones y en cambio genera otros nuevos, como la violencia mafiosa o la mala calidad de las sustancias prohibidas. Desde hace un tiempo, sin embargo, abrigo crecientes dudas, alimentadas especialmente por las ideas de Theodore Dalrymple (las he glosado en «Panfletos Liberales II», LID Editorial, págs. 162-166). Me siguen convenciendo los argumentos económicos, pero ahora no estoy seguro de que una sociedad que ahoga la moral y la responsabilidad individual, y las deposita peligrosamente en manos del Estado, vaya a mejorar si todo se deja tal cual y simplemente se legalizan las drogas. Mis dudas se han visto multiplicadas en tiempos recientes al comprobar que prebostes de la progresía, como Carlos Fuentes, se han apuntado a la tesis de la legalización, con argumentos que podrían ser copiados de los de Friedman o Benegas Lynch. Secundan la idea Felipe González y otros izquierdistas. ¿Es una conversión al liberalismo por parte de quienes no lo apreciaban? No. Lo que proponen es, precisamente, dejar todo como está y sólo legalizar las drogas. Sospecho que lo que defienden no es la libertad sino la coacción, e intentan rescatar al Estado de lo que ha sido uno de sus grandes fracasos contemporáneos.

EL DESVÁN

El aparato



Carmen GURRUCHAGA

El todopoderoso aparato de un partido, de cualquiera, resulta normalmente imbatible por la cantidad de intereses de todo tipo que controla y que van desde el puesto (de trabajo) para el que puede ser designado el «enchufado» —listas electorales, empresas públicas...—, hasta el futuro de la persona en cuestión: negro si osa plantarle cara y pierde el pulso, o rosa si dice amén a todo. ¿Recuer-

dan ustedes a Borrell y dónde está ahora? Fue un político muy inteligente que ganó a Joaquín Almunia (hombre del aparato), en unas primarias y al que Ferraz le hizo la vida imposible hasta que se vio obligado a presentar la dimisión sin poder presentarse como candidato a las elecciones, que era el privilegio que había ganado en la contienda. La suerte que tiene Tomás Gómez, triunfador frente

a Ferraz, Moncloa, Interior y José Blanco, es que no hay tiempo material para que lo descabalguen. Por ello, a no ser que tenga muchos cadáveres bajo la alfombra —que no creo—, será el contrincante de Esperanza Aguirre en los comicios autonómicos de mayo. La ventaja de Gómez es que de ser un auténtico desconocido ha pasado a convertirse en un tipo con carisma, capaz de plantarle

cara a Zapatero y a todos sus acólitos y... ganarles. Se preguntarán por qué no menciono a Trinidad Jiménez, la explicación es sencilla: porque creo que el pulso era entre Moncloa y Ferraz con la antigua Federación Socialista Madrileña y no con la ministra de Sanidad que ha sido un instrumento del aparato de su partido. Así pues, la perdedora no es ella sino Zapatero, Blanco y Rubalcaba.